

Notas y comentarios

Vida y obra de José Antonio Russo Delgado

SAÚL RENGIFO VELA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos



En el 2007 se cumplen 90 años del nacimiento del entrañable y siempre recordado filósofo y maestro José Russo Delgado. También se cumplen 10 años de su deceso. Ocasión doblemente propicia para hacer un recuento de su vida académica e intelectual, así como de su obra filosófica, una de las más logradas de la segunda mitad del siglo pasado en nuestro medio.

Biografía

José Antonio Russo Delgado nació en Chiclayo el 18 de febrero de 1917. Sus padres, Guillermo Russo Fry y Consuelo Delgado de Russo, lo inscribieron en el Colegio Nacional «San José» de su ciudad natal, colegio ya entonces de singular tradición republicana y cívica desde su fundación por Castilla en 1859, que con el correr del tiempo se ha convertido en todo un símbolo de la capital lambayecana. A ello contribuyó decisivamente la labor como director del colegio de un alemán con auténtica vocación de maestro, Karl Weiss, que comienza su gestión unos años antes que empezara sus estudios nuestro biografiado.¹

Desde muy joven, su temperamento e inquietudes lo empujan a desplegar una decidida actividad política que lo llevará a ocupar altos

cargos partidarios –miembro del ejecutivo del APRA en 1941– y que le va a deparar también prisión (1941) y destierros (1944, 1948). Siendo estudiante, llegó a presidir en 1941 la Comisión Organizadora de la Federación de Estudiantes del Perú. Sus estudios superiores, tanto en Derecho y Ciencias Políticas como en Filosofía y Humanidades, los realiza entre los últimos años de la década del treinta y la primera mitad de la siguiente, en la Universidad Católica de Lima, primero; posteriormente en la Universidad Mayor de San Marcos, institución a la que luego, ya como docente, quedaría vinculado por espacio de más de tres décadas.

En 1939, a causa del comienzo de la segunda Guerra Mundial, se frustra un viaje a Europa que con fines de estudio tenía previsto el joven Russo. Ese año inicia su labor docente en el colegio Edelmira del Pando y la continúa años después –1944– en el colegio Franco-español de Lima. Al año siguiente lo hace en un colegio de México, a donde ha llegado exiliado por Prado.

En México asiste a la Universidad Autónoma a fin de concluir sus estudios de Filosofía. Es importante reseñar este hito en la vida de Russo estudiante porque es aquí donde recibirá el significativo influjo de los maestros mexicanos así como de los filósofos españoles alejados de su patria a causa de la guerra civil y del régimen franquista. Entre los primeros recordará con frecuencia a Antonio Caso y de los segundos particular memoria guardará de José Gaos.

De regreso al Perú, presenta sus dos tesis a la Facultad de Humanidades logrando los grados de Bachiller y Doctor en Humanidades (1947). La Universidad le confía por entonces la cátedra de Introducción a la Filosofía. Al año siguiente presenta una tesis a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas a fin de optar el grado de Bachiller en Derecho. En ese mismo año contrae matrimonio con María Teresa Checa Solari y sufre por segunda vez el destierro, que esta vez lo alejará por varios años de la patria.

Enseña una temporada en la Universidad Motolinia de México y se traslada luego a Guatemala, en donde se incorpora a la plana docente de la Universidad de San Carlos, haciéndose cargo de la cátedra de Filosofía Contemporánea. En ella permanece hasta 1953, año en que pasa a residir a Nueva York, donde se desempeña como funcionario de

la Organización de las Naciones Unidas, a la par que enseña también en institutos superiores de esa ciudad. En el organismo mundial se encuentra con otros líderes apristas igualmente desterrados –Andrés Townsend, Emilio Westphalen–, pero es posible que ya entonces hubiera asumido su actitud apartidista,² actitud característica en él, basada en su filosofía de vida.

Si bien su interés por el pensamiento oriental se manifestó años antes –así lo evidencian sus referencias a pensadores orientales, v.g., en su tesis doctoral–, data de su estadía en Nueva York su contacto con personajes representativos del mismo gracias a la *Ramakrishna Mission* de esa ciudad, a través de la cual traería a Lima más adelante a Swami Vijayananda para una serie de conferencias sobre el pensamiento hindú.

Regresa por fin al Perú en 1956 y se reincorpora inmediatamente a la Universidad de San Marcos, a cuya plana docente perteneciera ya antes de su forzada ausencia, y donde va a cumplir una fructífera labor docente y administrativa.

El año siguiente, 1957, paralelamente a su cátedra de Introducción a la Psicología General, implementa clases extracurriculares cuyo tema es uno de los que interesa especialmente al Dr. Russo, y de los que más lo inspiran: el conocimiento de sí mismo. Posteriormente se hace cargo sucesivamente de las cátedras de Metafísica, Ontología, Griego, Filosofía Antigua, Moderna y Contemporánea y de distintos seminarios.

Llegó a ocupar importantes cargos administrativos –Jefe del Departamento de Filosofía, Jefe del Departamento de Psicología, Director de los Programas de Arte, Filosofía y Psicología, Jefe del Departamento de Humanidades– hasta los primeros años de la década de los ochenta sin interrumpir sus labores docentes en momento alguno.

Hasta su retiro de la docencia activa –en el verano de 1987– tuvo a su cargo las cátedras de Filosofía Antigua –curso panorámico y seminarios– y Filosofía Moderna. Un par de años antes de abandonar las aulas sanmarquinas, el maestro recibió un sentido homenaje por su proficua carrera por parte de la Municipalidad de Lima, al frente de la cual estaba por entonces un antiguo alumno suyo, el Dr. Alfonso Barrantes Lingán, ex candidato a la Presidencia de la República.

A su retiro, el Dr. Russo se dedicó de lleno a trabajos dirigidos a la culminación de una vasta y valiosa obra filosófica escrita, desarrollada

de modo paralelo a su fecunda labor docente. La Universidad San Marcos, por su parte, lo reconoció en una sencilla ceremonia como Profesor Emérito, en 1992.

José Antonio Russo Delgado falleció en Lima, el 27 de julio de 1997.

Obra filosófica escrita

La producción bibliográfica de José Russo Delgado totaliza diez libros editados y presentados a un determinado público. Con todo, es digno de mención el que tres de ellos hayan merecido en diferentes años el Premio Nacional de Fomento a la Cultura –otrotra verdadero reconocimiento al intelectual peruano–, una en el área de Tesis universitaria, las restantes en el área de Filosofía.

De sus tesis, dos de ellas fueron presentadas a la Facultad de Humanidades de la Universidad Mayor de San Marcos; la otra a la de Derecho y Ciencias Políticas. Las dos primeras, «Nietzsche y el problema del conocimiento», y ««Moral» y «Vida» en Federico Nietzsche», con los que optara los grados de bachiller y doctor en Humanidades, en 1946 y 1947, respectivamente, evidencian el gran interés que concita en el autor la figura y el genio del filósofo alemán. En la primera de ellas (1946, 37 pp), luego de hacer una introducción elegante y directa al lugar que ocupa el problema del conocimiento en la filosofía, el autor establece los rasgos característicos de la filosofía nietzscheana referidos a su posición en torno al problema gnoseológico. Señala el lugar privilegiado que ocupa la Psicología en el pensamiento de Nietzsche así como su posición crítica frente a la idea de la lógica como base del conocimiento: caracteriza la postura vital de Nietzsche frente a la realidad y explica que a raíz de ello considera al proceso del conocimiento como de carácter derivado –y no primario, como lo querrían los gnoseólogos–, en cuanto es expresión de la vida humana y en cuanto cobra sentido en tanto es útil «a la voluntad de poder, clave de la vida». (1946:16) Expone asimismo el graduando en esta tesis la manera como Nietzsche relativiza la verdad en aras de la vida. Aquella no viene a ser en esencia sino una «valoración vital», válida no en sí misma, sino en cuanto sirve para la vida. De donde se desprende que también el error es una forma de verdad –aunque en rigor, señala

extremando el concepto, toda «verdad» o conocimiento no es otra cosa que sólo error en cuanto ella misma es inevitablemente una deformación de la realidad–; el error como una forma de verdad, decíamos, en la medida que sea útil a la vida, en la medida que «sirve a la vida, a la voluntad de poder su sinónimo». (1946: 29) Luego, en cuanto al problema de la verdad y del conocimiento en general, concluye Russo exponiendo a Nietzsche, «el valor para la vida es lo que decide en último término». (íd)

En su segunda tesis, editada en forma de libro en 1948 con el título *Nietzsche: moral y vida*, y que le valiera el Premio Nacional «Javier Prado» –área de tesis universitaria– del año anterior, el autor hace gala una vez más de un profundo conocimiento del pensamiento del filósofo de Sils-Marie y deja notar una asunción muy original del mismo. Evidencia también un vasto conocimiento y excelente manejo del griego, atisbos de lo cual mostrara ya en su tesis anterior, así como un dúctil manejo de idiomas como el inglés y el alemán. Divide esta densa obra en dos partes principales en las que expone exhaustiva y críticamente dos concepciones o aspectos fundamentales en el cuerpo filosófico de Nietzsche: su peculiar modo de ver la vida y la temperamental problematización que hace de la ética de su tiempo. Por ser uno de los principales trabajos del Dr. Russo, extendámonos un poco sobre el mismo.

Es una tesis con una introducción en tres capítulos, dos partes compuestas de once capítulos la primera y de siete la segunda y una «Palabra Epilodal» que cierra a modo de valoración personal este trabajo; cuenta además con una síntesis de 54 puntos a guisa de conclusiones. En su introducción, con un lirismo elegante, pleno de reminiscencias clásicas, Russo introduce al lector a la concepción nietzscheana del eterno retorno, uno de los aspectos centrales del pensamiento –o de la mística, si se prefiere– de Nietzsche y a las consecuencias que se desprenden de la misma para dar lugar a una concepción ética, inmoralista –«no hay acciones morales, sólo interpretaciones de la misma»– (1947: 29) de la vida y la impugnación consecuente que hace de la norma ética de su tiempo. Precisamente sobre este último punto se explaya en la primera parte de la tesis.

Ponderando de Nietzsche «su consideración de la Ética [como] lo más original y destacado de su pensamiento», (1947: 36) y luego de

señalar la impronta del siglo XIX sobre el filósofo, patente en el criterio historicista con que aborda la cuestión ética —«hombre de su siglo» lo llamará el autor por esta razón, debiendo luego él mismo hacer una ubicación historicista del tema, siguiendo a Nietzsche—, Russo califica a su pensador de «Copérnico» del orden moral, en tanto problematiza una cuestión que desde Descartes había perdido ese carácter impugnando con su peculiar temperamento a una serie de pensadores que se habían ocupado del tema antes de él y al orden ético —ptolemaico lo llama siguiendo con la analogía— imperante en su tiempo, la moral cristiana. Esta postura polémica y crítica de Nietzsche da pie al autor para extenderse en capítulos particularmente interesantes exponiendo las ideas del filósofo del Superhombre sobre Jesús, Pablo de Tarso y la moral cristiana en general.

Reiterando su posición sobre Nietzsche, Russo vuelve a subrayar «lo que tiene su pensamiento de mayor originalidad desde el punto de vista filosófico: análisis y crítica de los valores imperantes y creación y afirmación de nuevos valores morales, superiores a los abandonados». (1947: 43) Esta creación —el «creacionismo axiológico»— la emprende Nietzsche sobre la base de la «voluntad de poder», que no es sino una manera de designar y comprender —nombre y «clave»— a la vida, aspectos éstos del pensamiento nietzscheano que lo definen y mejor caracterizan. Aspectos que son precisamente temas centrales de la segunda parte de la tesis que nos ocupa, donde el autor presenta de paso otras fórmulas nietzscheanas —el del Superhombre y la transmutación de los valores: el arte, «el gran instrumento de sublimación», por la moral— igualmente importantes para la cabal comprensión del pensador que expone.

A manera de epílogo, el autor ensaya una valoración personal del filósofo que ha tratado, logrando una lúcida y sintética visión de los rasgos más señalados del Nietzsche que —desde sus años juveniles, lo ha confesado anteriormente— tanto lo atrajera. No todo es, sin embargo, asunción ciega: aprendiendo del maestro, el autor problematiza a su vez la base de la que parte el creador del Zarathustra: «la clave nietzscheana —la voluntad de poder— no nos gusta, con esa llave se han abierto compartimientos de la historia que hubiéramos preferido tuvieran la pseudo-realidad de las ucronías». (1947: 66) Haciendo uso

nuevamente de un lenguaje encendido, concluye Russo invocando los mejores principios y concepciones nietzscheanas en aras del logro de «una llave mejor para el futuro y para nosotros mismos»: una llave propia, una llave americana, «que dé sentido a nuestro presente y nos abra la puerta del porvenir». (1947: 67) ¿Y cómo ha de ser ésta? «Una ética de la grandeza resulta conveniente en tiempos –los nuestros– de empequeñecimiento del hombre». (1947: 68)

La tercera de la tesis que presenta el ya entonces doctor Russo a la Universidad San Marcos, a fin de optar en esta ocasión el grado de bachiller en Derecho y Ciencias Políticas, revela desde el título los característicos intereses del autor: «Teoría de la Institución y concepción existencial del Derecho». Consta de introducción, trece capítulos y conclusiones, y parte de una exposición crítica del problema de la Institución como concepto fundamental del Derecho y de la manera como lo aborda la llamada Teoría de la Institución, sustentada por una serie de juristas franceses en las primeras décadas de este siglo.

A manera de introducción, el autor analiza en primer lugar las distintas acepciones del término *Institución* y los conceptos y elementos que le son próximos, como los de *duración* y *fundación*. Seguidamente expone en forma sistemática la obra de juristas como Maurice Hauriou, Georges Renard y el también francés Le Fur y, partiendo de precisas consideraciones críticas a estos autores y a los supuestos neo-tomistas y jusnaturalistas en los que se basan, postula la necesidad de una fundamentación filosófica del concepto de Institución –y del Derecho en última instancia– basada no en una vuelta a una determinada filosofía –«*ancilla theologiae*», en el caso del tomismo– sino «en general la vuelta a la filosofía, fundamento esencial de cualquier ciencia, y en especial del derecho». (1948: 62) Sugiere a ese efecto lo que considera «sus expresiones más logradas en lo que va del siglo, la fenomenología y la filosofía existencial del propio Heidegger». (ídem.) Más adelante privilegia a ésta sobre aquella («en el fondo acrática»), y la denomina ontológico-existencial, y a la que aún –y ya sin ruborizarnos, dice, a diferencia de Hauriou– «podemos llamar metafísica. En ella y desde ella aparecerá el sentido del Derecho y de la sociedad humana». (1948a:65) Dedicó la parte final de su trabajo a ensayar una fundamentación ontológica del concepto de Institución partiendo de

un agudo análisis semántico e histórico del término y de los elementos que considera indesligables del análisis, como duración, tiempo, persona y ser.

Después de la edición de su tesis doctoral en 1948, han de transcurrir quince años antes que salga de la imprenta otra obra orgánica del Dr. Russo. Esta obra, *Lecciones de Psicología General*, va a merecer el Premio Nacional de Fomento a la Cultura «Alejandro Deustua» en el área de Filosofía, de 1962. Compuesta de treinta capítulos con cuestionario y bibliografía especializada al final de cada capítulo, es una obra que recoge, como su título lo sugiere, las clases por largos años dictadas desde su cátedra de Introducción a la Psicología General. Preparada con fines pedagógicos, está dividida en cinco partes según otras tantas áreas o temas relevantes de la Psicología: introducción general; sobre la conciencia y lo extraconsciente; la motivación; la percepción y el aprendizaje; la personalidad y el carácter.

Didáctico, documentado, profundo y ligero a la vez, a pesar de ser una obra de divulgación científica, lleva con todo la característica impronta del filósofo Russo: todo un interesante y valioso capítulo sobre psicología filosófica y su apartado referido al conocimiento de nosotros mismos, que es como «un darnos cuenta de nosotros mismos», (1962a: 33) en el que «no hay especulación ni evaluación, estoy simplemente observando la vida en mí; las palabras encierran, suponen, evaluación, tomar posición, y ésta impide el conocimiento de nosotros mismos». El conocimiento de sí, señala, no debe confundirse con el examen de conciencia o autoanálisis, que, siendo en sí valioso al pretender librarnos de condicionantes mentales, puede no obstante llegar a convertirse en un sutil condicionante, en la medida en que se haga hábito en nosotros, y nos aleje entonces de nosotros. «El conocimiento de nosotros mismos sólo es posible aquí y ahora y sin evaluaciones: mirando, dándonos cuenta de: Nada más, nada menos». (1962: 34)

En diciembre de ese mismo año, el de 1962, va a ver la luz una pequeña obra de nuestro filósofo, de gran significación sin embargo para la comprensión de su pensamiento. *Sobre la paz y el hombre* es en realidad una recopilación de siete ensayos –ponencias y conferencias dictadas por el Dr. Russo en un lapso de once años, entre 1951 y 1961–

dos de ellas, dictadas en Guatemala en 1951, abordan de manera brillante y absorbente, profundos temas humanos, lo mismo que una interesante conferencia transmitida por ondas radiales en Lima en 1958. Los otros cuatro escritos giran en torno de importantes personalidades del pensamiento nacional y universal: sobre Heráclito (1957), Bergson (1959), Porras Barrenechea (1960) y sobre Tolstoi (1961), los tres últimos sustentados en el marco de sendos homenajes a los mismos.

La obra que sigue en el tiempo a la que acabamos de mencionar, cuyo manuscrito original, con el título «El hombre y la pregunta ontológica», mereciera el Premio Nacional «Alejandro Deustua» de 1957, es un trabajo sobre una de las obras más importantes de Martin Heidegger, *Ser y Tiempo*. Correspondiendo a la estructura de ésta, aquella consta de dos partes principales, de diecisiete capítulos la primera y de diez la segunda, así como de una introducción, un epílogo y notas. Antecedente de ella, como hemos visto que sucediera con su *Lecciones de Psicología General*, son las clases de Filosofía Contemporánea que el autor desarrollara en Guatemala y Lima.

En su elegante y ya característico estilo, Russo realiza un acucioso estudio comparativo entre el Heidegger de *Ser y Tiempo* y el «segundo» Heidegger a través de una minuciosa exposición de los términos y conceptos más importantes de la obra mencionada y de la evolución aparente de los mismos en algunas de las obras posteriores del filósofo alemán.

Como en escritos anteriores, el autor refleja gran interés y profunda compenetración con el filósofo que expone. Muestra asimismo un manejo erudito de los idiomas relacionados con la obra, hallándose así citas en griego, alemán y francés, entre otros. Aborda con igual profundidad temas como el Ser, el *Dasein* alemán, la angustia, la verdad, la muerte, la nada, la temporalidad, la historia; espectro temático de amplísima significación en Heidegger, que el autor expone impecablemente.

A manera de epílogo, el expositor, luego de hacer una apretada síntesis de los puntos más saltantes tratados a lo largo de su estudio de la pregunta por el ser, advierte del peligro de seguir el camino inverso al que «lleva al ente al Ser —la pura abertura sin límites—», camino inverso que entraña un «riesgo [que] culmina con la técnica, la voluntad, «el americanismo», [y que es] verdadero, extremo riesgo del

hombre». (1963: 221) Frente a tal riesgo, concluye Russo, «la salvación es esa paradójica «voluntad que deja», disposición, que lleva a la seguridad sin protección, el estado de *sine cura*, reposo en lo abierto del ser que sólo es posible cuando nada nos protege».

Esta vez han de pasar más de veinte años antes de que aparezca una nueva obra del Dr. Russo, consagrada a quien considera el filósofo por antonomasia. *Sócrates: problema y mensaje* es una obra que se compone de seis partes y ella también, como aquella referida al *Ser y Tiempo* de Heidegger y como las *Lecciones de Psicología*, tiene su antecedente en las clases panorámicas y seminarios que su autor dictara en San Marcos. Las dos primeras partes de la obra son de carácter introductorio; el primero, nos introduce al ámbito geográfico, político, económico y cultural de la Grecia del siglo V antes de Cristo, siglo en que vivió Sócrates; seguidamente nos presenta al célebre filósofo, su historicidad, su posible aspecto físico, su personal actitud frente a los grupos de poder, frente a la política; en fin, los posibles maestros o influencias que pudieron gravitar sobre el pensador Sócrates. En las secciones que vienen a continuación aborda el tema de Sócrates como problema de la historia de la filosofía. Registra y evalúa las «fuentes socráticas» –Platón, Jenofonte, Aristóteles y otros que nos transmiten datos sobre Sócrates– y anota las apreciaciones positivas y negativas que desde Aristófanes hasta Heidegger se han formulado sobre el filósofo. Las últimas dos secciones, que en realidad ocupan la mitad del texto, comprenden sugestivos análisis del Sócrates que nos presenta Platón en su *Apología* y en el *Critón*.

El *Sócrates* de Russo, aún para los que tuvieron oportunidad de asistir a sus clases sobre el filósofo griego, es un texto que guarda sorpresas. No tanto por su solidez en el manejo de las fuentes, o la sobria lógica de que hace gala, o el estilo más bien fluido de su redacción, ya habituales en su autor, sino por la perspectiva desde la que muestra a un Sócrates tan particular. Desde un inicio, por ejemplo, el singular esbozo del mundo cultural tan especial en el que se movió Sócrates, el llamado Siglo de Oro de la Grecia antigua, nos acerca más al Sócrates histórico y nos lo hace ver más real y humano. Así, un poco es posible sentir una particular entonación en las palabras de Sócrates con las que, según Platón, alude a «un cierto comediógrafo», es decir,

al Aristófanes que se burlara de él en una de sus comedias. Y por supuesto, entre sus virtudes, no es ésta la única.

Al año siguiente del *Sócrates...*, dos años antes de su retiro de San Marcos, José Russo publica una nueva obra de corta extensión y de gran significación. Se trata, como aquella referida a la *Paz y el hombre*, de la edición de un conjunto de conferencias seleccionadas de las sustentadas por su autor en el dilatado lapso de veintisiete años. Como aquella también, a pesar de ese carácter –o acaso precisamente en virtud de él– se trata de una obra de suma importancia para acercarse a lo cardinal del pensamiento del Dr. Russo. Los temas que su título ofrece son desarrollados de modo muy personal en las conferencias-homenaje que dedicara a personas muy vinculadas a San Marcos, o a la filosofía en San Marcos, ya por el vivo recuerdo del trabajo que de ellos queda, como es el caso de John Mackay (1958), ya por el noble influjo que su vida o su obra –en realidad, ambas–, pueden significar para quien asume la filosofía como algo más que un conjunto de meras fórmulas conceptuales, cual es el caso de Vivekananda (1966),³ Pascal (1967) o el mismo Sartre (1981). Recoge también otras tres charlas, dictadas dos de ellas en San Marcos –a un grupo de trabajo para Estudios Básicos (1966)⁴ y a un grupo de estudiantes de Psicología (1984)– y la restante a parte del personal médico del Hospital Central N° 1 (1968).

Ya alejado de San Marcos, Russo se aboca desde su retiro a un proyecto concebido *por mor de* sus dilatados años de docente. Proyecto del que el *Sócrates...* fue un primer logro. Su objetivo inmediato fue complementar ese texto fundamental dando forma desde su peculiar perspectiva a todo el periodo histórico anterior. *Los Presocráticos* fue un proyecto de vasto alcance que procuraba cubrir todo el periodo que empieza con los primeros filósofos griegos –los milesios– y las condiciones sociohistóricas que hicieron posible su aparición, hasta los sofistas contemporáneos de Sócrates y que son en buena cuenta clave indispensable para la cabal comprensión del filósofo de la autognosis. Russo se propuso realizar dicho proyecto a través de un plan que comprendía hasta cinco entregas orgánicas. Pudo ver editadas dos de ellas, una dejó en prensa y las restantes quedaron en manuscrito.

Los presocráticos I. El Principio lleva a Russo a tratar sobre las fuentes y los antecedentes de la aparición de la filosofía en la Grecia del siglo

VII a. C. También se aboca al análisis de las primeras expresiones de esta filosofía originaria: los milesios, por un lado, con sus principales representantes y sus epígonos; y, de otro lado, Pitágoras y el pitagorismo, y Jenófanes de Colofón, quien preludiaría ya una nueva etapa de la filosofía en sus primeros tiempos.

En *Los presocráticos III. Lo que es*, Russo analiza con erudición y profundidad filosófica a cada uno de los principales representantes de la escuela eleata: Parménides, Zenón y Meliso. Son objeto de un fino, perspicaz y meticuloso examen, tanto los fragmentos mismos que de estos pensadores nos ha legado la tradición histórica, así como los datos e interpretaciones que los acompañan.

El segundo tomo de su serie dedicada a la filosofía anterior a Sócrates, *Los presocráticos II. El Logos, Heráclito*, aparecido en edición póstuma el año 2000, Russo lo consagra por entero al «oscuro» pensador de Éfeso. Erudito, exhaustivo, inspirado, nuestro filósofo se explaya a lo largo de 32 capítulos en la vida de Heráclito, en su obra fragmentaria y en la exposición e interpretación de temas y conceptos claves del clásico filósofo, apoyado tanto en el análisis directo de los fragmentos que nos han llegado como en la abundante literatura secundaria desplegada desde los tiempos del efesio hasta nuestros días. Con semejante material, y respondiendo a sus propias motivaciones e inquietudes, Russo no sorprende al vincular a Heráclito con los principales pensadores presocráticos y postsocráticos, desde Tales y Parménides hasta Nietzsche y Heidegger, pasando por Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Eckhart y un largo etcétera... Tampoco sorprende al enlazar su interpretación de Heráclito con tradiciones de fe y pensamiento tan vivas y significativas como son la judeocristiana y la oriental, vía reiteradas remisiones a la Biblia, a los upanishad y a autores tan representativos como Pablo, Krishnamurti y Shankara. Cierra esta imprescindible obra con un apéndice que contiene un conjunto de ensayos que muestran el vivo interés de Russo por el pensamiento oriental –trata del libro tibetano de la muerte, un paralelo entre India y Grecia, y entre Heidegger y Ramakrishna– así como un tema caro para él, al que volvió reiteradamente una y otra vez: el conocimiento de sí mismo.

Manuscritos a la espera de la imprenta dejó los otros dos textos que debían completar su serie: *Los presocráticos IV. Lo uno y lo múltiple*

(Anaxágoras, Empédocles, los atomistas) y *Los presocráticos V. Los hombres (Los sofistas)*.

La última obra impresa de José Russo, también póstuma, es *Krishnamurti. Los grandes temas*. Como el título indica, y a lo largo de diecisiete capítulos, Russo se dedica a tratar de los principales temas que configuraron el pensamiento vivo del célebre educador contemporáneo Jiddu Krishnamurti (1895-1986). Lo hace exponiendo las doctrinas del pensador indio contenidos inicialmente en su precoz obra *A los pies del maestro* (1909), que acusa un fuerte influjo de la teosofía; las que desarrolló posteriormente a su rompimiento con la Sociedad Teosófica, cuando ofrece sendas charlas por distintas partes de la India y Europa; y las que caracteriza su pensamiento de madurez, que es cuando «tiene un lenguaje propio [y] adquiere una personalidad que atrae a diversos pensadores occidentales, entre filósofos, literatos y científicos»,⁵ como Aldous Huxley.

Si la proyectada serie sobre los presocráticos muestra a Russo como un consumado helenista, esta obra sobre Krishnamurti no sólo evidencia su versación en el pensamiento oriental, de lo que ya había dado cuenta innumerables veces; lo muestra, más que como un orientalista, como un filósofo cabal, universal, un filósofo sin más.

La restante producción filosófica conocida de José Russo es una serie de artículos y conferencias no recogidas en libro pero publicadas todas ellas en Lima en diferentes años. Podemos notar la huella del ambiente sanmarquino de 1946 en sus artículos aparecidos ese año en *Letras* –órgano de la Facultad de Letras de la Universidad–: «Comentario a la tercera «meditación cartesiana» de Husserl», en el segundo cuatrimestre, y «Gnoseología e Historia en Vico», en el último cuatrimestre de ese año. Un discurso de orden pronunciado por él con motivo de la apertura del año académico en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas en abril de 1958, va a ser editado ese mismo año por la imprenta del Colegio Militar Leoncio Prado bajo el título «Crisis de la Universidad, crisis del hombre». En 1964, la revista ya mencionada, *Letras*, publica una vez más un trabajo suyo, una traducción con notas del artículo de Martin Heidegger, «Logos (Heráclito, Fragmento 50)», una de las mejores traducciones hechas de este opúsculo, al decir de especialistas alemanes. Por último, la misma revista *Letras* –ya como

órgano del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Universidad— publica «Filosofía» en su versión original, ponencia del Dr. Russo enviada en versión alemana casi tres años antes —setiembre de 1973— al XV Congreso Mundial de Filosofía realizado en Bulgaria.

Todos estos escritos, y en particular los textos que recogen sus diversas conferencias, nos presentan por lo general al pensador profundo, lúcido que es Russo y al maestro y educador que le es consustancial. Penetrante en la intención, claro y preciso en la expresión, nos induce a una reflexión constante y sincera en torno a las cuestiones de la mayor importancia, como el cabal sentido de la educación: saber que trasciende la mera información para contribuir a la formación y real transformación del ser humano en lo que es. Dice al respecto: «La educación y la Universidad han de permitir el cumplimiento del gran precepto «Llega a ser lo que eres» [...] Llega a ser lo que eres: el hombre vuelto humano, sujeto sin alienación, sin guerras, ni explotación, en una sociedad sin clases». (1985: 30-31) Monumental, en apariencia utópica, pero digna e insoslayable misión de la Universidad, misión que apunta a «la vida, la vida humana misma y su mayor excelencia posible». (id.) En otro escrito, volviendo sobre el tema, subraya el educador, en clásica y elegante analogía:

«La Universidad ha de cumplir ante todo papel de taumaturga —quizá quepa llamarla Circe al revés— y transformar a los hombres en hombres: hombres de honda calidad humana, hombres hermanos en el hombre, hombres humanizados, pero ante todo hombres resueltos a ser lo que son, a vivir con denuedo la extraordinaria aventura de la existencia humana, el magno precepto: «Sé el que eres»». (1958: 13)

Sus peculiares rasgos de maestro se alimentan del filósofo por excelencia que es Russo, pensador que relaciona notablemente a un Sócrates con un Pascal, a un Eckart con un Spinoza, a Heidegger con Nietzsche, a Bruno con Heráclito, a Jesús con Shankara, asumiendo a todos ellos y vertebrando una filosofía propia, viva, personalísima, que se goza en transmitir con la mística propia de un verdadero maestro y en cuya transmisión le da un sentido tan especial a su papel de docente.

Sus dotes de filósofo y maestro asumen, en fin, matices religiosos, de genuinidad: «La filosofía —dice— es ver, un ver claro como incumbencia

de cada uno... de ahí su universalidad y el que sea vocación universal de los seres humanos...» Un ver, el de la filosofía, al que acompaña «una transformación, la del ser que ve: ese ver del conocer verdadero produce un cambio en el ser, diviniza». (1976: 10)

En este sentido, acaso no sea aventurero arriesgar que, dado el amplio espectro filosófico al que se vinculó José Russo Delgado –tanto en el aspecto formativo como en los temas que desarrolló en función de su interés personal–, nuestro filósofo fue uno de los más cabales cultores de la filosofía y el pensamiento clásico o tradicional. La forma como caló en la tradición filosófica y su personal manera de asumirla –lo que lo llevó al cultivo y profundización de otras tradiciones de pensamiento distintas a la occidental–, nos hace considerar que si algo define el pensamiento de nuestro filósofo es su afán de universalidad. El sentido de universalidad, característico de múltiples momentos de la filosofía occidental, así como de las diversas formas y corrientes del pensamiento oriental, no es ajeno a nuestro pensador, capaz de moverse con desenvoltura en ambas vertientes y sacar lo mejor de ellas para vertebrar una concepción viva y personalísima. En ella, qué duda cabe, el tema antropológico ocupa un lugar privilegiado y es abordado con el rigor, profundidad y genuinidad de un auténtico filósofo.

Cabe señalar finalmente, para completar la reseña bibliográfica de José Russo, la existencia de un conjunto de separatas –un total de catorce– publicadas por la Oficina de Impresiones de la Facultad, y preparadas especialmente para los cursos de Filosofía Antigua y Moderna que tuvo a su cargo. Se halla cada una de ellas tan bien estructurada, que, referidas como están a diversos filósofos antiguos y modernos –a excepción de dos de ellas, dedicada una a la historiografía de la filosofía y la otra a los factores que antecedieron y condicionaron la aparición de la filosofía en Grecia–, pueden muy bien servir eventualmente de otros tantos capítulos de una obra sobre historia de la filosofía.

Notas

- ¹ A fin de ilustrar algo de la obra de Karl Weiss (1882-1962), y de la noble influencia que pudo significar para Russo adolescente, cabe señalar que su dinamismo y capacidad de trabajo favoreció notablemente al colegio tanto en lo académico como en lo físico: lo dotó de un nuevo ambiente y estableció una sana disciplina que llegó a ser proverbial. De otro lado,

apoyó con entusiasmo el esfuerzo de elementos jóvenes por editar, hacia principios de la década del veinte, revistas que llevaban nombres tan significativos para la época como «Germinal» y «Colónida». En estos esfuerzos participó Alfonso Russo Fry, lo que echa luz sobre el interés por las letras por parte de nuestro filósofo.

² O anti-partidista, esto es, impugnando la tendencia común de formar-partido-en-contrade, característico del individuo en tantos órdenes de la vida, entre ellos el político.

³ Vivekananda, *el león risueño de Brahman*, es un opúsculo de nuestro autor que antes editó el Instituto de Lenguas y Culturas Orientales.

⁴ «Información, Formación, Transformación», es el título de la ponencia del Dr. Russo que el antiguo boletín de la Universidad, *Gaceta Sanmarquina*, publicó en noviembre de 1966.

⁵ Miguel Ángel Polo Santillán. En Russo (2000): Prólogo: 17.

Referencias bibliográficas

RUSSO DELGADO, José (1946): *Nietzsche y el problema del conocimiento*.

Tesis presentada para optar el grado de Bachiller en Humanidades, 37 pp.

_____ (1947): «Moral» y «Vida» en Federico Villarreal. Tesis para optar el grado de Doctor en Humanidades.

_____ (1948a): *Teoría de la Institución y concepción existencial del Derecho*. Tesis para optar el grado de Bachiller en Derecho y Ciencias Políticas, 112 pp.

_____ (1948b): *Nietzsche, moral y vida*. Editorial PTCM, Lima, 177 pp., Premio Nacional «Javier Prado». Área de tesis universitaria.

_____ (1958): *Crisis de la universidad, crisis del hombre*. Editorial del Colegio Militar Leoncio Prado.

_____ (1962a): *Lecciones de Psicología General*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Premio Nacional de Fomento a la Cultura «Alejandro Deustua», Área de Filosofía.

_____ (1962b): *Sobre la paz y el hombre*. Imprenta Minerva, Lima, 132 pp.

_____ (1963): *El hombre y la pregunta por el ser*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 241 pp. Premio Nacional de Fomento a la Cultura «Alejandro Deustua», Área de Filosofía, 1957.

_____ (1976): «Filosofía». En *Letras*, año 48, N° 82-83, pp. 7-10.

_____ (1984): *Sócrates: problema y mensaje*. Ignacio Prado Pastor Editor, Lima, 232 pp.

- _____ (1985): *De Filosofía, paz y religión*. S/editor, Lima, 100 pp.
- _____ (1988): *Los presocráticos I. El principio*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 328 pp.
- _____ (1992): *Los presocráticos III. Lo que es*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Editorial Ausonia, Lima, 442 pp.
- _____ (2000): *Los presocráticos II. El Logos. Heráclito*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 472 pp.
- _____ (2002): *Krishnamurti. Los grandes temas*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 180 pp.